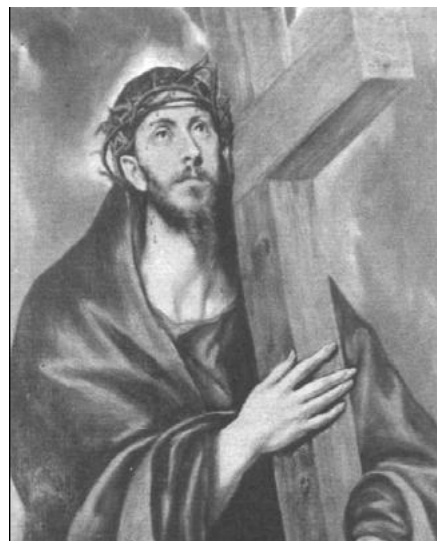


Después de dos mil años, ¿qué?

# Un reproche que implica esperanza

Por PEDRO DEL VALLE

Algunos consideran que, no obstante sus dos mil años de existencia, el cristianismo no ha podido llevar a toda la sociedad sus altos principios éticos y morales. Se trata de un duro reproche que, en el fondo, contiene una gran esperanza: se espera de nosotros, los cristianos, un aporte constructivo al justo ordenamiento social y a la solución de problemas éticos, en constante evolución, que afectan al hombre.



Resulta imposible extraer de la *Biblia*, ni de los *Evangelios*, una teoría social. Pero, al mismo tiempo, es indudable que tanto en la Antigua como en la Nueva Alianza el mensaje de salvación está referido a la sociedad. Los *Evangelios* constituyen, en el mejor sentido, un mensaje social que opera liberadoramente en cuanto somete las normas de conducta tradicionales al criterio del amor fraterno.

Ni Jesús ni sus apóstoles elaboraron programas sociales, económicos o políticos. Sin embargo, con la predicación de la igualdad de valor y de dignidad de todos los hombres, el primitivo cristianismo introdujo un nuevo criterio y ofreció un impulso capaz de conducir –sin armas y sin violencias– a la paulatina transformación de la sociedad.

El hecho de que los propios cristianos no hayamos tomado muy en serio esos criterios o de que hayamos ignorado, en algunas épocas, las consecuencias sociales de nuestra fe torna comprensibles no pocos reproches, pero no cambia el que, a pesar de ello, los *Evangelios* hayan entronizado su fuerza liberadora.

Sería sencillamente simplista achacar al cristianismo toda la culpa de los males sociales acaecidos en el pasado remoto o reciente, a partir de una consideración retrospectiva realizada desde la comprensión actual del hombre. En ese caso, se prescindiría –de una forma poco científica– del complejo proceso del desarrollo humano.

La lucha espiritual por el valor y la dignidad de cada persona sería impensable si se trata de echar a un lado la cooperación y los aportes del cristianismo, pero reconocer ese valor y esa dignidad en todo hombre representa una riqueza y una responsabilidad para los cristianos, ya que este reconocimiento exige ser observado constantemente en las circunstancias históricas de cada momento y lugar.

En lo anterior consiste, esencialmente, la misión de una ética cristiana y el compromiso social y político de los cristianos; pero la realización auténtica de esa tarea exige una confrontación con la comprensión cultural e históricamente condicionada del mundo y de la existencia que tiene el hombre de la propia época, comprensión en la que se fundan las normas concretas de conducta. Exige, además, un conocimiento preciso del problema. Sin ese conocimiento, no son posibles las reglas morales ni los hechos que contribuyen a la toma de decisiones.

Otro aspecto que debe considerarse son las leyes del desarrollo social. El llamado cambio de las normas está sometido, en cada ámbito cultural, a ciertos factores y sólo si nos familiarizamos con estos estaremos en condiciones de ofrecer la respuesta cristiana que espera la sociedad, la cual debe fundamentarse siempre sobre el valor y la dignidad del hombre y sobre el principio del amor fraterno.

A esta altura debemos preguntarnos cuál es el camino que sigue el establecimiento de nuevas normas en una sociedad determinada.

Todo hombre está insertado en una realidad cultural concreta, pero, además, ese hombre, al venir a la tierra, recibe una herencia histórica, que comprende conocimientos, experiencias y sistemas de creencias existentes antes de él y fuera de él.

Esto modela a la persona, la convence, la enseña y la forma. Al hacer suya esa herencia, el individuo la acomoda a su situación, necesidades, temperamento... con lo cual determinará el modo de comprenderse a sí mismo, de comprender a los demás y de estructurar su visión del mundo.

Teniendo en cuenta la realidad cultural moderna de tipo pluralista, nuestra situación es, desde el punto de vista del conocimiento, la de alguien que se ve requerido y reclamado por una diversidad de creencias, ideologías, instituciones y sistemas de funciones, algunos concurrentes y otros antagónicos, pero donde todos intentan influir y convencer al ser humano.